

haces descender al águila de su altura; tú pueblas los bosques de alegres moradores y llenas el aire de suaves melodías. Por tí se viste la tierra en la primavera de nupcial ropaje y se engalana de flores; tu soplo es el que anima á la microscópica semilla que cruza los mares en alas del viento en busca de su consorte, que la espera abierto el seno, en la opuesta orilla, sino es que se la lleva, reconocido algun insecto. Hasta las piedras manifiestan esta mágica fuerza de la traccion universal: en el iman, buscando al hierro; en ciertas tierras, formando mezcladas duro mortero por medio del agua; en otras, uniéndose íntimamente, fundiéndose por solo la accion del calor; en las cristalizaciones, por esa tendencia maravillosa de las partículas, que á despecho de la ley de gravedad, van á colocarse en filas simétricamente ordenadas para formar esos grupos que tanto escitan nuestra admiracion en el gabinete del mineralogista.

Quizá preguntareis: ¿cómo, pues, existen en la naturaleza y simultáneamente fuerzas contrarias á esa ley general de simpatía y de union? ¿Por qué el lobo carnicero persigue al perro de muerte? ¿Por qué se precipita el halcon sobre la inocente paloma, y la araña sobre la mosca? ¿En qué consiste que está raquítico, lánguido y amarillento el lino que hemos plantado junto á la escabiosa? ¿Por qué á la estacion de las flores y los frutos sucede el sombrío y aterido invierno? ¿Para qué las tempestades y los volcanes? Fenómenos todos, es verdad, contrarios, como otros muchos, á la atraccion, pero que revelan igualmente la armonia del universo y la sabiduria de las leyes que lo rigen. Lo que destruye la naturaleza es siempre lo superfluo, en sus grandes miras, ó lo desvirtuado. Por ejemplo, se vale de una especie para disminuir la excesiva fecundidad de otra: establece repulsion entre dos plantas, porque, alimentadas por una misma tierra, ninguna llegaria á su completo desarrollo, ni adquiriria sus cualidades privativas: hace estallar la tempestad para purificar la atmósfera viciada y refrescar los campos abrasados por un sol estivo: caen las hojas tras el fruto, y se cubre de fúnebre crespon la tierra, precisamente para perpetuar la vida de lo que destruye, reverdeciendo una y otra vez. Ella no cuenta los individuos sino las especies, y estas no pueden sustentarse multiplicándose aquellos al infinito. Destruye, pues, para renovar; se transforma para ser siempre jóven y lozana; acaba para empezar de nuevo; mata para vivificar, ó digamos mejor, que duerme para descansar y reparar sus fuerzas. Este doble fenómeno de la descomposicion y la regeneracion simultáneas es una condicion necesaria para el equilibrio y conservacion del universo. Creciendo al infinito las especies, llegaria á ahogarse la naturaleza en su propia riqueza, ó mas bien en sus superfluidades, y permaneciendo estacionaria, cesarian de obrar las leyes que mantienen la relacion mútua de los cuerpos. En una palabra, la inmovilidad seria la muerte, asi como el movimiento espontáneo es la vida en todo ser organizado.

Vease, pues, cómo del imperceptible insecto y de la menuda yerba que hollamos con nuestra planta,

puede elevarse el espíritu á los mas sublimes pensamientos. Diremos mas: que nada sobrepone tanto al hombre á las miserias de la vida individual y las amarguras de la sociedad; nada dilata tanto los dominios de su inteligencia, y ningun estudio le ennoblece como el de la naturaleza. Acostumbrado á no ver en accion sino grandes medios para grandes fines; alejado de estas luchas ruines de las pasiones pervertidas que se agitan en el seno de las sociedades; obligado incessantemente á estudiar fenómenos siempre nuevos y á elevarse á la investigacion de las causas, aprende á despreciar las pueriles vanidades tras cuyo logro tanto se afanan otros; su razon adquiere la gravedad filosófica; ama á sus semejantes con ese amor que ve estendido en todos los seres del universo; y llena su alma, reconocida á la sabiduría, la omnipotencia y la bondad del Supremo Hacedor, un verdadero sentimiento religioso. El naturalista sabe que esos palacios espaciosos en que apenas cabe todavía el orgullo del hombre, esos arcos triunfales que los derramadores de sangre humana se hacen erigir, esos soberbios monumentos de las artes, esas ciudades que hoy rebozan vida y opulencia, caerán un dia como Menfis, Tebas ó Palmira, cuyas ruinas acaba acaso de ver cubiertas delíquenes y yedra, y habitadas por serpientes y buhos, ó quizá desaparecerán sepultadas bajo la lava de algun volcan, como Pompeya y Herculano. El sabe que de Ciro, Sesostris y Alejandro solo ha quedado un vago rumor en el mundo, apenas útil mas que para alentar á los ambiciosos; que una ráfaga de viento marchita una belleza; que una flor oscurece á los ojos del filósofo la magnificencia de los reyes; que un año de hambre puede engendrar una revolucion capaz de trastornar las monarquías mejor cimentadas; que á un terremoto es dado hundir en una hora un vasto imperio. ¿Por qué se afanaría sabiendo que los hombres no son sino gotas de este gran rio de la humanidad, que corren veloces á confundirse en el seno de la creacion, y que la vida no es mas que un usufructo?

No es, no, la Historia natural un mero pasatiempo ó una brillante superfluidad. Sin ella la agricultura no seria mas que un arte empírico; la economía doméstica careceria de los elementos principales del bienestar del hombre; la medicina conocería en vano las causas de las enfermedades; la mecánica perdería los mas ingeniosos modelos; la industria no existiría; faltarían los cambios de producciones, y con ellos el mayor bien que reciben las naciones del comercio, porque identifica sus intereses. Sin ella faltaría al poeta la fuente de sus inspiraciones; la filosofía hubiera continuado siendo un juego pueril de palabras sin sentido; y ¿quién sabe si los pueblos tienen mucho que aprender todavía del gobierno de las especies sociables?

Pues bien, el que quiera recorrer con nosotros este vasto campo, que nos siga: le enseñaremos primero la sabiduría del precepto de Sócrates *Nosce te ipsum*; le conduciremos en seguida á los bosques en que moran esos astutos y graciosos cuadrúmanos, que tanto se semejan al hombre; le llevaremos despues á la cueva en que la fiera cuida sus hijuelos; subiremos